

Un florista de HARLEM tenia un *tulipan* que hacia todo su orgullo, las delicias de su vida, porque la flor hermosa, era perfecta. Todos le envidiaban, muchos le aborrecian porque era feliz. Pero una noticia funesta vino á amargar todos sus goces; un viajero á quien enseñó su *tulipan*, le dijo que habia visto otro igual en Paris en el boulevard del Temple. El hombre se quedó místico; el *tulipan* perdió para él toda la ilusion. Un dia ya no se pudo contener y sale en direccion de Paris. Llega, compra el tulipan en 3,000 francos, le pisotea, y se vuelve feliz, porque ya posee el único de aquella clase.

El valor de los *tulipanes* se cotizaba diariamente en las bolsas de *Harlem* y *Amsterdam* como los fondos públicos: se negociaban y vendian á plazo y al descubierto ántes de saber dónde se podria tomarlos, y á veces se habian vendido mas de los que pudieran producir todos los jardines reunidos de Holanda. Semejante furor llamó ya la atencion del gobierno, que se ocupó en discurrir cómo poner término al escandaloso tráfico; y ademas reunidos en Amsterdam los principales cultivadores de *tulipanes* á fines de 1737, trataron ya de poner coto á un frenesi, que no solo se habia apoderado de los ricos, sino que cundiendo por todas las clases de la sociedad, empezaba á producir los mas perniciosos efectos. Habia muchos jardineros que ya no querian trabajar, prefiriendo correr el riesgo de esta especie de comercio. Por lo que convinieron de acuerdo con las autoridades, y magistrados del reino, que en lo sucesivo no pudieran venderse *tulipanes* sin conocimiento de la autoridad, y que en caso de negarse á ejecutar los convenios de venta expresados en 24 de Febrero de 1837, pudiese ser indemnizado el vendedor con el 16 por ciento á costa del comprador. Esta medida dió tal golpe al tráfico *tulipanesco*, que pocas semanas despues se compraban por 25 florines *tulipanes* que ántes costaban 3,000.

de Londres, que un inglés acaba de comprar un tulipan en 640 libras esterlinas, (64,000 reales vellon) ¿ Si habrá pasado la tulipomanía de Holanda á Inglaterra? Con este motivo dice un periódico inglés, y tiene razon, « ¿ qué de patatas no hubiera podido comprar el botánico gentleman para saciar con ellas el hambre de un sinnúmero de infelices que diariamente perecen de inanicion! »

Para ministros de gobernacion y directores de caminos y canales.

Tomámos otra diligencia, y salimos de *Harlem*. El camino de allí á *Amsterdam* no es mas que la cima del inmenso dique que separa el lago de *Harlem* del famoso golfo de *Zuiderzée*. La seguridad del país en diez leguas en circunferencia pende de la conservacion de este dique. Si se rompiera, sería todo presa de las aguas, incluidas sus grandes ciudades.

Yo hubiera deseado llevar conmigo por allí á todos los ministros de la gobernacion de España, habidos y por haber, y á todos los directores de caminos y canales, para que vieran lo mucho que hay por el mundo y lo muy mal repartido que está. Allí una riqueza de medios de comunicacion que ya degenera en lujo; aquí.... lo que ellos y yo sabemos y sería una superfluidad decir: allí de *Harlem* á *Amsterdam*, en un ancho de 200 pasos, y en tres líneas rectas y paralelas, una calzada de ladrillo para diligencias guarnecida de dos hermosas hileras de árboles; á su lado un ancho canal de navegacion, y al lado de este un camino de hierro: de modo que en el referido espacio de 200 pasos, ó ménos, se ve marchar simultánea y paralelamente á un mismo punto las diligencias, los buques y los coches de vapor: aquí.... puntos y mas puntos: allí los ministros del Fomento dan pocas proclamas y pocas circulares y pocos proyectos de ley, y hacen muchas calzadas y muchos canales y caminos de hierro: aquí no hacen canales ni caminos de hierro, pero quitan y ponen muchos jefes políticos. Allí sobra lo que aquí falta: ¡ cómo ha de ser! Siempre en el mundo hubo mucho y mal repartido.

Mirémonos en este espejo.

Voy á dar una idea de la poblacion de Holanda, de ese país estéril de suyo, y que no sería sino un gran charquetal, un vasto pantano, una inmensa laguna ó una marisma intransitable, inculta sin la incansable laboriosidad de los holandeses. La siguiente pequeña estadística probará el partido que han llegado á sacar aquellos naturales de su ingrato y pantanoso suelo.

En una línea de 26 leguas que hay desde Breda á Amsterdam, es decir, en seis leguas ménos de distancia que hay de Madrid á Valladolid, se encuentran las ciudades y con la poblacion siguiente:

	Habitantes.
Breda.....	5,500
Dordrecht.....	20,000
Rotterdam.....	80,000
Delf.....	15,000
La Haya.....	60,000
Leida.....	40,000
Harlem.....	21,000
Amsterdam.....	220,000

Mirémonos en este espejo : calculemos la poblacion que podria tener la fertilísima España, y notemos la diferencia que va de trabajar á no trabajar.

AMSTERDAM.

Teatro de variedades.

Llegámos á AMSTERDAM de noche y lloviendo. Desde el sitio en que nos apeámos hasta el hotel del GRAN DOELEN á que nos condujo nuestro buen SOETENS, habia una distancia regular. Al atravesar un puente, mi pobre Pelegrin que ya iba andando con bastante trabajo, resbaló, y dió con sus botas y su humanidad en tierra, ó por mejor decir, en lodo ; levantámosle entre los dos, y le llevámos hasta el hotel asido de los brazos, ni mas ni ménos que como en las plazas de toros de España se suele conducir á un picador que acaba de sufrir un porrazo solemne. Entrámos en el hotel, nos acomodámos en la cámara número 32, se mudó Tirabeque de ropa, nos calentámos, bajamos á comer, y acabada la comida, á propuesta de MONSIEUR SOETENS nos fuimos á pasar la noche al TEATRO DE VARIEDADES.

Pero ántes, también á invitacion suya, entrámos en el CAFÉ FRANCES DE HAMELL, el mas concurrido de la mas florida juventud de AMSTERDAM. Tomámos nuestro té y pasámos al teatro. Hay en AMSTERDAM tres teatros, el frances, el aleman y el holandés que era este. *Quince sous* cuesta la entrada con asiento de luneta ó de galería, pero son *quince sous de florin*, que equivalen á unos seis ó siete reales de España ; si bien allí *quince sous* son tan friolera como serian aquí seis ú ocho cuartos ; todo consiste en el precio respectivo de las cosas con arreglo al valor de las monedas. Así la Holanda

es carísima para un español, puesto que diez pesetas de aquí hacen ménos de cinco florines allá, y con cinco florines allá no se hace tanto como con tres ó cuatro pesetas acá, por manera que ó yo me engañé mucho en mis cálculos, ó viene á resultar una diferencia de carestía de España á Holanda como de cuatro á diez. Observacion, que pienso no es indiferente para quien se proponga viajar.

Pero vamos á nuestro teatro. — Guardad esos billetes, nos dijo SOETENS, para el uso que despues os diré. En efecto, no hicimos mas que enseñarlos á la entrada, y los guardámos en seguida. Tomámos tres asientos seguidos de luneta, los primeros que se nos depararon, porque tampoco están numerados allí. El teatro no era grande, pero se notaba que la sociedad era bastante escogida. Dió principio la representacion, que consistió en dos *Vaudevilles*, alternados entre canto y declamacion como en Francia. Los actores se conocia que ejecutaban con propiedad, gracia y desembarazo, mas para nosotros no pasaba de una pantomima, puesto que la representacion era en holandés, y no podíamos comprender una sola palabra. — ¿ Entiendes algo, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego. — Señor, me respondía, lléveme el diablo si hasta ahora he podido entender mas de toda la comedia, sino que hay una dama vestida de hombre, y un amante que rabia de celos, lo cual me indica que los celos son una enfermedad rabiosa hasta en Holanda.

La pieza debia estar sembrada de chistes, porque de tiempo en tiempo los serios holandeses daban de mano á su natural gravedad, y reian con toda su alma. Las señoras y caballeros que estaban cerca de nosotros, creyéndonos también holandeses, solian mirarnos como quien desea compartir con otros los goces de una sal cómica : yo reia también con ellos sin saber de qué, y Tirabeque lo hacia tan á lo vivo, que logró llamar la atencion con sus risotadas, y luego añadia :— ¡ qué graciosa es la comedia, mi amo ! ¡ cómo me divierto ! Pero una cosa vino impensadamente á alegrarnos mas que á todos los holandeses juntos : y fué que uno de los aires cantables del Vaudeville era el de nuestra antigua cancion española :

General Santocildes ;
con tus soldados, etc.
Trailo, Marica, trailo,
trailo, Marica.

Tirabeque saltaba del asiento, y confieso que á mi también me

alegró el diablo de la cantinela, tan plebeya como ella es, por el placer de verla adoptada en un país y en un sitio donde no podia esperarlo. No faltó sin embargo un holandés á quien debió hacer mas gracia que á nosotros, puesto que se puso á acompañar en alta voz á los cantantes, lo cual produjo que un agente de policía le echara mano y le hiciera salir del teatro con mucha complacencia del público. Yo no sé si en el entusiasmo de aquel hombre tendria mas parte el vinillo que un resto de afición de los naturales del país á los aires musicales de los españoles que por allá en otro tiempo anduvieron.

Concluyóse un acto, se bajó el telon, y entónces fué cuando vi la cosa mas nueva y ménos usada que en materia de teatros he presenciado. Caláronse todo los sombreros (esto no es nuevo); en seguida cada uno fué sacando su puro ó su pipa (esto ya es nuevo); y comenzaron á fumar de lo lindo (esto es mas nuevo todavía). Mas de 400 pipas humeaban en el salon; la atmósfera se fué condensando, y las hermanas holandesas sufrían la humareda con una impasibilidad admirable, como quienes á ello estaban muy acostumbradas. Del rigor inexorable del sistema prohibitivo de la Francia en materia de fumar, en sociedad, hasta la libertad completa y absoluta que reinaba en aquel teatro de la ciudad mas considerable de Holanda, vean Vds. si hay grados de distancia, y si habrá diferencia de costumbres de pueblo á pueblo.

No paró en esto todavía. — ¿Qué es lo que queréis tomar ahora? nos preguntó *Soetens*. — Yo nada, le respondí. — Hariais mal; vos no debéis perder el derecho que os da vuestro billete; no tenéis sino entregarle, y pedir (sin que nada os cueste) ó bien un ponche, ó una botella de cerveza ó unas copas, ó lo que mas os acomode. — Bien, le dije, saldremos á tomarlo. — Ah, no, aquí mismo.

En efecto, de trecho en trecho entre las mismas lunetas hay unas mesitas de muelle, las cuales se suben, y sobre ellas se sirve lo que pide cada uno á la presentacion del billete, que se entrega definitivamente entónces, sin mas coste que el de los 15 *sous* de entrada. El salon se convirtió instantáneamente en café de confianza: todos fumaban y bebían, y nosotros bebimos y fumámos tambien, con arreglo al «*dum Romæ fueris.*» Los tres golpes de anuncio de levantar el telon intimaban poner término al refresco; los mozos acudieron á limpiar las mesas; se bajaron estas, se levantó el telon, dió principio el segundo acto, y así continuó poco mas ó ménos el resto de la funcion hasta las once, que salimos muy complacidos de haber visto una novedad teatral.

Idea general de la poblacion.

Eso fué lo que procurámos al dia siguiente, formar una idea de aquella ciudad bajo mil aspectos notabilísima. El amigo *Soetens* no nos pudo acompañar, por tener aquel dia ocupaciones perentorias. El guia ó *commissionnaire* que nos tocó no podia ser mas cortado para el objeto: él se las podia apostar á desgarbado al mas desgarbado holandés, pero vive Dios que en punto á andar cada zancada suya nos hacia á nosotros echar un medio galope: incansable y nada compasivo, nos molió, fatigó y asendereó muy á su sabor, como si se hubiese propuesto decir: ¿queréis ver á AMSTERDAM? Pues yo os haré ver mas AMSTERDAM de lo que desear pudierais. Y lo cumplió á las mil maravillas, pese á nuestras piernas.

AMSTERDAM, ese gran depósito mercantil del Norte, y uno de los primeros del universo, esa gran plaza de mercado del continente europeo, esa ciudad-isla que sostiene relaciones comerciales con todos los pueblos conocidos del globo, está toda fundada sobre estacas en un terreno fangoso mas bajo que el nivel del mar, entre el *lago de Harlem*, el lago mucho mas extenso todavía del *Zuiderzée*, y entre los rios *Amstel* é *Y* ó *Wy*: cruzada en su interior por cuatro anchísimos canales que corren paralelos al foso que la circunda, amen de otros mil canales que dividen la poblacion en noventa y cinco islas, unidas por docientos noventa puentes de piedra ó de madera, construidos de modo que dejan paso á las embarcaciones, de manera que por las calles de AMSTERDAM andan los buques de arriba abajo ni mas ni ménos que cruzan los coches por las calles de Madrid. ¡Espectáculo nuevo y singular para un español!

Haciaseme inverosímil y difícil de creer, á mí, Fray Gerundio, eso de que treinta mil casas y multitud de otros vastos y soberbios edificios hubieran de estar fundados sobre estacas clavadas en el cenagoso suelo: mucho mas cuando al entrar en el palacio real me decian: «este palacio está sostenido por trece mil seiscientos noventa y cinco estacas;» cuando al visitar el palacio de la Marina me decian tambien: «diez y ocho mil estacas sostienen este edificio.» Pero no tardé en convencerme de la verdad, puesto que yo llegué en ocasion que se estaba echando los cimientos del gran edificio que ha de servir de Bolsa en sustitucion de la antigua; y tuve el gusto de ver por mis mismos ojos clavar en el

agua las estacas que le habian de servir de cimientó. Eran estas de unos cincuenta á sesenta piés de largas, es decir, eran árboles enteros, é introducianlas con el auxilio de una máquina manejada por diez ó doce hombres que trabajaban al son de una cantinela del país, cantada á coro, tan pausada como el carácter de sus habitantes, y cuyos compases marcaban los golpes de los operarios.

La existencia de AMSTERDAM es un prodigio diario. Mirada desde la torre del palacio real, se la ve interior y exteriormente como embutida en agua; y lo que es mas, se alcanza á ver el mar del Norte como suspenso sobre toda la Holanda setentrional, amenazando desplomarse sobre ella, tragarla, sumirla, ahogarla bajo el peso de sus flotas. ¿Quién contiene, quién refrena las aguas del amenazante océano? Los *diques*, esa obra atrevida de los emprendedores holandeses. Si los diques se rompieran, si descuidaran su esmerado entretenimiento por algunos meses no mas, ¡ay de ellos y de su país! El mar se lanzaria sobre ellos y se absorberia poblaciones y habitantes. De vida ó de muerte es para ellos el asiduo entretenimiento, la buena conservacion de los diques. Millares de florines consume cada día; millones y millones de florines invierte cada año la sola ciudad de AMSTERDAM en el entretenimiento y conservacion de los grandes diques.

El que separa las aguas de su puerto consiste en dos líneas de estacadas, á distancia de ochenta piés, dejando abiertas para la entrada de los buques veinte y una embocaduras, que se custodian con mucho cuidado durante la noche, y que constituye al mismo tiempo uno de sus mas deliciosos paseos. La ciudad está circundada de un foso guarnecido de veinte y seis bastiones, cada uno de ellos con un molino de viento. Y el pueblo tiene la configuracion de una herradura, ó mas bien del salon de un coliseo por dentro.

Galles, casas, coches y carros.

Por fortuna el tiempo se habia declarado otra vez en bonanza. Desde el momento que salimos del hotel, halló Tirabeque no poco que admirar, y no poco sobre que hacer preguntas, lo cual nos convino muy mucho para conseguir algunas pausas de nuestro excesivamente andante *commissionnaire*.

Cuando él vió las casas de *Amsterdam* (casi todas de ladrillo con su remate en festones) tan altas y supinas, y con mas inclinacion todavia en su parte superior que las de *Rotterdam*, como

amenazando desplomarse sobre los transeuntes, — señor, me dijo, en el medio consiste la virtud. Y se me plantó en medio de la calle. — Ven aquí, hombre, le decia yo, que bien sé que te ha de gustar ir por estas anchas aceras de ladrillo colocado de plano, por el cual se anda lo mismo que por una sala. — Así será, mi amo, y yo iria por ella de buena gana, y así podria seguir mejor á este desdichado de *comisionista*, que sin duda se ha figurado que venimos á ganar algun jubileo á AMSTERDAM. — Mira, desde aquí se goza todo el efecto que hacen las casas del otro lado, con sus fachadas pintadas al óleo y barnizadas, con sus soberbias ventanas de grandes y clarísimos cristales. — Sí señor, que son muy bonitas, y hacen una vista hermosa, pero crea Vd. que las veo perfectamente desde el medio de la calle.

Oiga Vd., señor *comisionista* (añadió), hágame Vd. el favor de no correr tanto. ¿Me dirá Vd. qué significan aquellas ruedas que se ven en todas las casas casi debajo del alero del tejado? — *Qui, Monsieur, elles sont des poulies.* — Que son *pulidas* ya lo veo yo; pero queria saber qué servicio hacian. — No te ha dicho que sean *pulidas*, hombre, sino *poleas*, trócleas ó garruchas, que servirán para hacer subir á los últimos pisos de las casas lo que sea necesario. — Es verdad, repuso el *commissionnaire*; aquí apenas se sube cargamento alguno por las escaleras; todo se hace por medio de esas garruchas, que es mas económico, mas sencillo y mas breve.

— Dígame Vd., querido (le pregunté yo despues): no habiendo visto una sola piedra ni grande ni chica en todos los Países-Bajos, hallando ahora empedradas las calles de AMSTERDAM, ¿se servirá Vd. decirme de dónde se trae esta piedra? — ¡Oh! sí, esta piedra se trae de Suecia ó del Luxemburgo. — ¡Oh diablo! esto será muy costoso. — Al contrario, los buques lo traen de lastre, y cuesta una friolera. En tal caso mas os admirará lo que os voy á decir. ¿Veis esta poblacion tan numerosa, y tan rodeada y empapada de aguas por dentro y fuera? Pues aquí no hay agua potable. — ¡Cómo! ¡Una poblacion de doscientas veinte mil almas no tiene agua que beber! — Absolutamente: en vano el gobierno ha intentado muchas veces hacer venir la de *Utrecht*, que es exquisita. Se recoge la que se puede de las lluvias en bellas y vastas cisternas: la demas se va á buscar ó bien al pequeño rio *Veckt* distante dos leguas de aquí, la cual es mediana, ó bien á *Utrecht*, que dista diez, y es mejor; pero la multitud de canales, la facilidad y baratura de los trasportes hace que los muchos articulos de

que carecemos, los tengamos abundantes y á un precio módico.

Hablando esto íbamos por la anchurosa calle de *Heeren Gracht*, larga como de média legua, cuando de repente da Tirabeque un grito de sorpresa diciendo : — ¡Señor, señor, un coche andando sin ruedas! Así era la verdad. Usanse en AMSTERDAM una especie de coches sin ruedas (*traîneaux*), tirados por uno ó dos caballos, en que la caja descansa sobre dos varas que van arrastrando por el suelo, y por consecuencia sin hacer oscilacion ni ruido alguno. Son muy comunes en AMSTERDAM, pero no podrian usarse donde el empedrado fuese de piedras prominentes como en España, y no planas como allí. Los coches de ruedas se usan poco, y aun ántes eran prohibidos, á causa de la poca solidez del terreno, excepto para algunos grandes señores que gozaban de este privilegio.

No ménos le admiró á Tirabeque la figura de los carros del país, todos pintadidos de verde y muy limpios, sin timón, y sin que los caballos, vayan uncidos á él, sino delante marchando libremente sin el peso del carro. El carretero es el que gobierna con sus mismos piés una especie de timon corvo, con el que da al carro la direccion que le conviene ó acomoda, lo cual tampoco podria hacerse sino en un terreno como aquel, todo llano y sin la mas pequeña cuesta ni descenso, sin el mas pequeño declive.

Ellas y ellos.

Mucho reparas, Pelegrin, y con mucha detencion observas las hermanitas de este país. — Señor, ¿qué cosa mas natural en un extranjero? — Y bien, ¿qué te parecen? — Señor, parécenme bastante bien en lo general y en lo particular, y nunca pensé yo encontrar en una tierra tan pantanosa y tan húmeda unas habitantas tan frescas, tan sanotas, tan coloradas y tan robustas. — No lo son solo ellas, sino que tambien los hombres lo son en lo general. — Señor, en ellos no he reparado, pero bien podrá ser, porque como dice el refran español : «donde buenas yeguas paren, buenos potros se crian.» — Plebeyo es el refran, Pelegrin, y de estilo en demasía humilde. — En un lego todo está bien, mi amo; cuanto mas que aquí no hay quien me pueda corregir la plana, y lo que importa es que nos entendamos los dos, que pienso habrá, Vd. entendido bien lo que he querido decir. — Sí, sí, demasiado.

— Señor, ¿y qué casta de mujeres serán esas que llevan una patena da plata ó de oro en cada sien, y una especie de tirabuzon ó sacatrapos del mismo metal, que en otras parece tambien un

muelle de acero, como si fuera un muelle de un reloj? — Muchas mujeres del país usan ese género de adorno, pero las que mas comunmente le gastan son las Frisonas. — ¿Las de la tierra de los caballos *frisonas*? — Eso es, de la *Frisia*, una de las provincias setentrionales de la Holanda. — Señor, así son ellas tan mujeronas y tan rollizas. — En la Frisia todo es de mucha talla, Pelegrin : la raza humana, la de los caballos, la de los carneros, la de las vacas, todo es corpulento, aunque no todo igualmente robusto.

Seguramente es particular el prendido de las mujeres de los Países-Bajos, especialmente de las Frisonas y de otras provincias limítrofes. Consiste este en una cofia de finísimo lienzo y muy ajustada á la cabeza con un ancho y fino encaje que cae sobre la frente, y unas láminas ó planchas de plata ú oro que pasan formando un semicírculo por detras de la cabeza, viniendo á rematar en forma de patenas sobre las sienes, y á cuyas extremidades arrancan dos especies de tirabuzones ó sean dos espirales del mismo metal, de loa cuales cuelgan dos largos pendientes. Estos adornos suelen costarles veinte ó treinta doblones de nuestra moneda. Y como generalmente son de plata ú oro, y ellas los llevan siempre tan limpios y tan bruñidos, relumbran las cabezas de las holandesas á larga distancia, que parece que llevan en ellas dos luceros.

Esto y un zagalejo de percal, con su jubon de guarniciones, que bajan desde la cintura como una cuarta ó média tercia, es el traje comun de las mujeres del país. Y su aseo en los vestidos guarda perfecta armonía con el aseo de las casas.

Los holandeses con sus anchos pantalones de pana azul, sus sombreros de copa y alas tambien anchas y su andar pausado y sin gallardía, remedan á algunos mercaderes ambulantes de Galicia y de Castilla la Vieja. Y aun el vestido del dia de fiesta de los paisanos del *Rhynland* y del *Delfland* con su sombrero de tres picos, su calzon corto con cuatro grandes botones de plata en la pretina, y su chupa de calamaco con espesa botonadura de metal, trae á la memoria mas de cuatro tipos españoles, y representan una página vieja y bien conservada del libro de nuestra antigua dominacion.

Se entiende que se habla de la clase comun del pueblo. Por lo demas las señoras no se distinguen en el gusto y maneras de vestir de las francesas y españolas, sino en el uso de ciertas telas de mayor abrigo; y los diarios de modas de Paris están tan difundidos entre las familias ricas como lo están ¡para felicidad y ventura de la España! entre las nuestras. Los señores holande-